



# Boletín Oficial

DEL

## Obispado de Osma

Año LXXVI.

21 DE MARZO DE 1935

Núm. IV.



**Nos Dr. el D. Miguel de los Santos Díaz y Gómara**

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA, OBISPO DE OSMA, SEÑOR DE LAS VILLAS DE EL BURGO, LICERO Y LAS DOS QUINTANAS RUBIAS ETC.

*Al venerable e Ilmo. Deán y Cabildo de Nuestra Santa Iglesia Catedral, al venerable Abad y Cabildo de la Insigne Iglesia Colegial de Soria, a los Arciprestes, Párrocos y demás Clero, a los Superiores, Catedráticos y alumnos de Nuestro Seminario, a las Comunidades Religiosas y a todos los fieles de Nuestra Diócesis*

**Salud, paz y gracia en Nuestro Señor Jesucristo**

*Vigilate, state in fide, viriliter agite, et confortamini  
Omnia vestra in charitate fiant.*

Velad, estad firmes en la fe, trabajad varonilmente, y alentaos más y más. Todas vuestras cosas háganse con caridad.

*(I Cor., XVI, 13, 14)*

**Venerables Hermanos y Amados Hijos:**

Dios Nuestro Señor que, como dice el Libro de la Sabiduría, dispone todas las cosas con justa medida, número y peso (1); ha ordenado en sus inescrutables

(1) Sap., XI, 21.

designios, por medio de su Vicario en la tierra, sacarnos de esta amadísima Diócesis de Osma, cuando Nos hallábamos preparando nueva labor pastoral, y enviarnos a la de Cartagena. La obediencia y el reconocimiento con que hemos recibido esta merced de Dios y dignación de la Santa Sede, va envuelta y matizada por la pena que Nos embarga al separarnos de vosotros. Son tantas las pruebas de singular afecto que de todos hemos recibido durante los diez años que hemos permanecido en esta tierra fidelísima y cristiana, que Nuestro corazón no puede menos de conmoverse al daros el adiós de despedida.

Y deseando concretar en un pensamiento los que pugnan por acudir a los puntos de la pluma en esta hora de la última recomendación pastoral que os hacemos, vienen a nuestra mente aquellas palabras del apóstol San Pablo a los fieles de Corinto: «Velad, estad firmes en la fe, trabajad varonilmente, y alentaos más y más. Todas vuestras cosas háganse con caridad» (1). Desarrollemos en breves líneas la altísima sabiduría encerrada en esas frases.

*Velad.* ¡Cuántas veces lo encargó el Divino Maestro a sus discípulos! «La vida del hombre sobre la tierra es una perpetua guerra», decía el santo Job (2), y bien sabéis cuán en guardia deben estar los centinelas de un ejército en combate, para no dejarse sorprender del enemigo. Velad, ¡oh sacerdotes encargados de la cura de almas! no sea que si dormitáis venga el hombre enemigo y siembre la cizaña en el campo de vuestra feligresía (3). Velad ¡oh padres y madres! sobre vuestros hijos, para sorprender los primeros brotes del mal en sus tiernos corazones y poned el remedio oportuno; vigilad sus compañías, para que no les descarríen; fomentad las semillas de todas las virtudes

(1) I. Cor., XVI., 13, 14.

(2) Job, VII, 1.

(3) Mat., XIII, 25.

que el Espíritu Santo sembró en sus almas el día que recibieron el santo bautismo. Velad todos y cada uno sobre vosotros mismos, examinad vuestra conciencia, sondead vuestro corazón, comprobad si acomodáis vuestra conducta a los mandamientos divinos, «velad y orad, os diremos con nuestro divino Redentor, para no caer en la tentación» (1); «Sed sobrios y estad en continua vela, nos advierte el príncipe de los Apóstoles, porque vuestro enemigo el diablo anda girando como león rugiente alrededor de vosotros, en busca de presa que devorar. Resistidle firmes en la fe», añade (2); y esto concuerda con lo que San Pablo nos enseña en la segunda recomendación del texto que comentamos: *State in fide*.

*Estad firmes en la fe.* Cuando arrecia el vendaval ya véis cómo caen por tierra aquellos pinos y enebros de nuestros montes que estaban mal arraigados o crecían débiles o enfermizos. Así acontece en la vida espiritual. Si se desafan los vientos de la persecución, ¡cuán miserablemente caen desgajadas algunas ramas que en días bonancibles aparecían tan lozanas! Es que no circulaba por ellas la savia cristiana con el vigor y pujanza que era menester. La veleta gira al viento que predomina; pero la roca firme permanece enhiesta aunque la azoten las olas del mar embravecido. «No nos dejemos llevar aquí y allá de todos los vientos de opiniones humanas por la malignidad de los hombres que engañan con astucia para introducir el error», nos amonesta San Pablo (3). Asentémonos en la roca viva de la palabra de Dios. Aprendamos bien y practiquemos el Catecismo. La versatilidad de tantos desgraciados que se han vuelto de espaldas a la Iglesia, cuando han empezado a soplar recio los vientos del laicismo; a eso se debe, al poco arraigo que en sus almas

(1) Mat., XXVI, 41.

(2) I. Petr., V. 8.

(3) Ef., IV, 14.

tenía el Catecismo. Os dirigimos en la Cuaresma del año 1931 una amplia Carta Pastoral sobre el Catecismo. Repasadla, rumiadla, cumplid cuanto en ella os encarecíamos. Sin cimiento no puede haber edificio, y tanto mejor desafía la encina al huracán, cuanto más firmes tiene sus raíces. El cimiento de la vida cristiana es el Catecismo; en él han de profundizar las raíces de nuestra formación intelectual y moral, si queremos ser hijos de Dios y herederos del cielo. Débiles niños y tiernas doncellas, honor y prez del Martirologio cristiano, arrostraron las iras de poderosos tiranos, y muriendo gloriosa muerte, los vencieron, porque estaban bien cimentados en el Catecismo. Creednos, V. H. y A. H., en estas solemnes palabras de Nuestra despedida: la fe desaparecería de Nuestra amada Diócesis, si se dejara abandonado el Catecismo; en cambio se desarrollará con tanto más brío y pujanza, cuanto más florecientes vivan las Catequesis. Padres y madres, sacerdotes y maestros, mirad como primordial campo de vuestra actuación el Catecismo. Si lo enseñáis, si lo practicáis y procuráis lo aprendan perfectamente, y lo amen con ardor, y lo cumplan vuestros hijos y feligreses y discípulos, la fe de este pueblo será robusta como la de vuestros gloriosos abuelos, aquellos cristianos tan firmes en sus creencias y tenaces en sus prácticas religiosas.

Pero notad que la fe languidece y muere si no se la cultiva convenientemente, o se apoderan del alma los vicios y pecados. Es una semilla divina, la fe, y acontece con ella lo mismo que con toda planta: que necesita un ambiente y cultivo adecuado y verse libre de las enfermedades que puedan atacarla. Os lo explicamos largamente en nuestra Carta Pastoral de la Cuaresma de 1933. Allí podéis ver cómo la ignorancia, el error, la inmoralidad y el abandono de los deberes religiosos son los cuatro grandes peligros que amenazan a la fe, y cómo hemos de oponerles el estudio de nuestros dog-

mas, en provecho propio y para estar, como nos encarga el apóstol San Pedro, «prontos siempre a dar satisfacción a cualquiera que nos pida razón de la esperanza o Religión en que vivimos» (1); la solitud en evitar el contagio de la impiedad, que inocular su virus en las malas conversaciones y por el poderoso vehículo de la mala prensa; el esmero en conservar las buenas costumbres, fomentando las prácticas piadosas y huyendo de tantos espectáculos nocivos al alma y hasta al cuerpo; el cumplimiento, en fin, de los deberes de cristianos, recibiendo los sacramentos, que derraman en nuestra alma la savia divina de la gracia, que es el sostén y alimento más nutritivo de la fe, oyendo la santa Misa, que es el acto principal del culto que Dios nos exige en los días festivos y nos recomienda en los demás de la semana, y en el cual se realiza el *mysterium fidei*, el gran misterio de nuestra fe, la venida de Cristo Jesús real y verdaderamente a la hostia que se consagra, para ofrecerse otra vez al Eterno Padre por nosotros, en sacrificio igual al de la cruz, con la sola diferencia del modo de ofrecerse (2).

Vivid, pues, vida cristiana, si queréis permanecer firmes en la fe; y como toda vida es actividad, de ahí que prosigue el Apóstol y nos dice: *Viriliter agite*.

*Trabajad varonilmente*, es decir, con todo el vigor y actividad generosa de que seáis capaces. Ved ahí esbozada la Acción Católica. El agua que hierve, pronto rebosa, y de poco serviría la savia en los frutales, si no se rompiera en yemas y flores y regalados frutos. No es posible tener fe viva, y que ésta no se desborde en obras del apostolado. De San Pablo nos dice la Escritura que al entrar en Atenas «se consumía interiormente su espíritu, considerando aqual a ciudad entregada toda a la idolatría» (3). La luz no puede esconder sus rayos.

(1) I Petr., III, 15.

(2) Conc. Trid., Sess. XVII, cap. 2.

(3) Act., XVII, 16.

ni el fuego su calor. Desde el momento que brilla la e en una inteligencia, tiende a comunicarse, y apenas caldea la llama divina un corazón, necesita encender a otros en sus mismos ardores. Por eso el que conoce y ama de veras a Dios, se consume de pena ante la incredulidad o tibieza de los ciegos del alma o perversos o tibios de corazón que encuentra en su camino. Y consiguientemente tiende a comunicarles su luz y su amor. Pero en la Iglesia de Dios todo está perfectamente organizado; de ahí que ese espontáneo e individual apostolado debe ser regulado por el mejor conocimiento y mayor experiencia y divina misión y autoridad de la Jerarquía. Y ahí tenéis a la Acción Católica, o sea, «La participación o cooperación de los seglares en el apostolado jerárquico de la Iglesia», según la definición dada en repetidas ocasiones por el actual Pontífice. La Iglesia Católica tiene sus ministros, encargados oficialmente del apostolado; y a éste debéis cooperar los seglares, no a vuestro antojo y siguiendo vuestras personales iniciativas, —que ningún ejército conseguiría la victoria si cada soldado siguiera la táctica de su preferencia—, sino obedeciendo las órdenes de los jefes natos, en este caso el Papa y los Obispos, que al efecto han dado las normas de dicha Acción Católica. A ella tuvimos la satisfacción de invitaros de una manera especial en Nuestra Carta Pastoral de la Cuaresma de 1930, y hoy, al despedirnos de vosotros, queremos inculcaros esta gran necesidad de los tiempos modernos, sobre la cual tanto insiste nuestro glorioso Pontífice Pío XI. Como en otro tiempo a San Pablo, se abre ahora ante vosotros una puerta grande y espaciosa para la propagación del Evangelio (1): Es la Acción Católica. Vaya Nuestro saludo, en esta hora postrera, para cuantas entidades de este linaje florecen en Nuestra Diócesis y singularmente para las valientes Juventudes. Vosotros, jóvenes amadísimos, anhelando la for-

(1) I Cor., XVI, 9.

mación de vuestra conciencia cristiana, os habéis agrupado en torno de vuestros consiliarios, constituyendo varios Centros subordinados a la Unión Diocesana, y rivalizando santamente por ver quién se aventaja más en la piedad, en el estudio y la acción. Proseguid vuestra obra, sin desmayos, con entusiasmo creciente. Sois la esperanza de la Diócesis, que en vosotros mira a los apóstoles de mañana. Bendígaos Dios, como efusivamente Nós os bendecimos. Y vivamente anhelamos perseveréis en vuestro fervor y que el Señor os lo acreciente, y que nuevos Centros se funden en las parroquias que todavía no los tienen, para que prenda en toda la juventud masculina y femenina de la Diócesis Oxomense el santo fuego de la Acción Católica, e irradie su luz y calor a los hombres y las mujeres brotando a su impulso las cuatro ramas de esta Acción en todos los confines del Obispado.

Pero esa frase del Apóstol que ahora estamos comentando, *Trabajad varonilmente*, puesta a continuación de la anterior, *Estad firmes en la fe*, nos da a entender, advierte Santo Tomás (1), que no es suficiente creer, sino que hay que trabajar, acomodando nuestra conducta a nuestras creencias, persuadidos de que no basta para salvarse la fe sin obras, sino que, además del Credo, hemos de guardar los divinos mandamientos, y recibir los sacramentos que a cada cual corresponde, en el tiempo y forma determinados por la Santa Iglesia para cada caso. Esto lo olvidan aquellos que por estar bautizados se creen ya buenos cristianos, sin practicar lo que la misma santa fe nos enseña e impone. No os dejéis seducir por tan pernicioso engaño, A. H. «Como un cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta. Por las obras se justifica el hombre, y no por la fe solamente», enseña el apóstol Santiago (2). Es imprescindible, sí, la fe, ya que, nos

(1) *Comment. in hunc locum.*

(2) Jac., II, 24, 26.

dice San Pablo, «Sin fe es imposible agradar a Dios» (1) y «El justo vive por la fe» (2); pero esta fe ha de traducirse en buenas obras, y por eso añade en otro lugar el mismo Apóstol que «Dios ha de pagar a cada uno según sus obras, dando la vida eterna a los que, por medio de la perseverancia en las buenas obras, aspiran a la gloria, al honor y a la inmortalidad» (3). Lo que vale ante Jesucristo, dice en otra parte, es «la fe que obra animada por la caridad» (4); es lo que se llama fe viva, al revés de la fe muerta o fe sin obras. Tened, pues, vuestra fe bien viva. «Brille así vuestra luz entre los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos», os diremos con el divino Maestro (5). ¿Tenéis la dicha de ser cristianos? Pues demostradlo, sin jactancia, pero sin rebozo, en toda ocasión y momento. Acreditad con vuestra conducta la fe que profesáis, y como prosigue el Apóstol,

*Alentaos más y más.* Es, comenta Santo Tomás (6), que la buena obra no se ha de atribuir a nosotros, sino a Dios, con cuya gracia o auxilio la realizamos, y por eso ha de alentarnos la confianza en Él, como cantaba el Real Profeta: «Portaos varonilmente todos vosotros, los que tenéis puesta en el Señor vuestra esperanza, y tened buan ánimo» (7). Con la mirada fija en Dios, nuestro Padre, hemos de seguir el camino de la virtud, seguros de que la gracia divina nunca nos ha de faltar, si de ella no nos hacemos indignos por nuestra culpa, ya que, como enseña el Concilio de Trento, «Dios no abandona a los que una vez llegaron a justi-

(1) Hebr., XI, 6.

(2) Gal., III, 11.

(3) Rom., II, 6, 7.

(4) Gal., V, 6.

(5) Mat., V, 16.

(6) *In hunc locum.*

(7) Ps. XXX, 25.

ficarse con su gracia, como éstos no le abandonen primero» (1). Y puesto que corremos riesgo de abandonar a Dios, si nos dejamos arrastrar del pecado, por eso nos dice el Apóstol: «Trabajad con temor y temblor en la obra de vuestra salvación» (2). Bienaventurado el hombre que está siempre temeroso *de ofender a Dios*; pero el de corazón duro y *descuidado* se precipitará en la maldad», enseña Salomón (3). Nigún motivo tenemos para engreirnos, sino muchos para temblar. En cuanto al pasado, «del pecado perdonado no quieras estar sin temor», advierte el Eclesiástico (4); por lo que hace al presente y porvenir, nuestra volubilidad e inconstancia, los peligros que corremos y sobre todo si abrigamos una imprudente y presuntuosa temeridad, no son los mejores fiadores de nuestra permanencia en el bien: «Mire no caiga, el que piensa que está firme», avisa San Pablo (5): «Quien perseverare hasta el fin, éste se salvará», decía nuestro divino Redentor (6). Si aun para conseguir las cosas de este mundo hay que obrar con temor y cuidado y diligencia, comenta San Juan Crisóstomo, ¿cuánto más ha de necesitarse para lo espiritual, donde se oponen tantos obstáculos y se atraviesan tan poderosos enemigos? Por eso hemos de pensar seriamente que Dios está en todas partes, que todo lo oye, todo lo ve hasta lo más profundo y oculto de nuestro corazón. Así, pues, prosigue el santo Doctor ya comas, ya vayas a dormir, ya te diviertas o hagas otra cosa cualquiera, cree que Dios está presente, y así estarás con temor y reverencia. El albañil, aun acostumbrado a ello, anda por los andamios con cuidado y miedo de caer: así tú, por muy subido que te creas en

(1) Sess. VI, cap. 11.

(2) Fil., II, 12.

(3) Prov., XXVIII, 14.

(4) Eccli., V, 5.

(5) I Cor., X, 12.

(6) Mat., X, 22.

la virtud, anda con cuidado y teme a Dios, no vayas a precipitarte vencido por el mal que te acecha (1). «El temor de Dios es el principio de la Sabiduría», dice el Eclesiástico (2). Sobre esa base hemos de levantar el edificio de nuestra santificación. Hemos de volar con las dos alas, del temor y del amor de Dios. Por el temor, guardaremos sus mandamientos: «Teme a Dios y guarda sus mandamientos», dice el Sabio (3); por el amor, nos uniremos más y más a El, alentados con la confianza que nos ha de inspirar el mejor de los padres, seguros de que anhela El vivísamente enriquecernos con sus mercedes, y que» de tal manera amó Dios al mundo, que no paró hasta dar a su Hijo unigénito, a fin de que todos los que creen en él no perezcan, sino que vivan vida eterna. Pues no envió Dios su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que por su medio el mundo se salve», decía nuestro divino Redentor (4). Por eso hemos de batir gozosos el ala del amor a Dios juntamente con el ala del temor que refrena nuestra presunción; con ambas alas hemos de bogar tranquilos por el espacio inmenso de la esperanza en las divinas misericordias, alentándonos más y más, como nos dice el Apóstol, y sobre todo cumpliendo el postrero de sus encargos en el pasaje que os comentamos: *Omnia vestra in charitate fiant.*

*Todas vuestras cosas háganse con caridad*, «la cual es el vínculo de la perfección», añade en otro lugar el santo Apóstol (5). En efecto; la caridad es el alma de la vida cristiana. «Cuando yo hablare todas las lenguas de los hombres y el lenguaje de los mismos ángeles, si no tuviere caridad, vengo a ser como un metal que suena o campana que retiñe. Y cuando tuvie-

(1) *In Ep. ad Philip.*, Hom. VIII, 1.

(2) Eccli., I, 16.

(3) Ecles., XII, 13.

(4) Joan., III, 16, 17.

(5) Colos., III, 14.

ra, el don de profecía y penetrase todos los misterios y poseyese todas las ciencias: cuando tuviera toda la fe posible, de manera que trasladase de una parte a otra los montes, no teniendo caridad, soy nada. Cuando yo distribuyese todos mis bienes para sustento de los pobres, y cuando entregara mi cuerpo a las llamas, si la caridad me falta, todo lo dicho no me sirve de nada», explica el mismo Apóstol (1). Ved, pues, V. H. y A. H., cuán necesaria es la caridad, para que nuestras obras valgan para la vida eterna. «Puede haber fe sin caridad, insiste San Agustín; pero no puede aprovechar» (2); y el mismo distribuir sus bienes entre los necesitados, por mera filantropía, nada vale. Han de ir nuestras obras vivificadas por la caridad, que es la virtud sobrenatural por la cual amamos a Dios por sí mismo sobre todas las cosas, y a nosotros y al prójimo por Dios. Ahora bien, el mejor modo de mostrar nuestro amor a Dios consiste en obedecer sus santas leyes. «Si me amáis, observad mis mandamientos. Quien ha recibido mis mandamientos y los observa, ese es el que me ama», decía nuestro divino Redentor (3). Y mejor demostraremos nuestro amor a Dios, si además guardamos los consejos evangélicos. A nosotros mismos debemos amarnos buscando en todo la gloria de Dios y nuestra salvación eterna; y al prójimo, perdonándole cuanto nos haya ofendido, evitando cuanto pueda inferirle daño, injuria o escándalo, socorriéndole a medida de nuestras fuerzas en sus necesidades, principalmente ejercitando con él las obras de misericordia espirituales y corporales (4). ¡Qué dulce sería la vida y cuán placentera la mutua convivencia, si reinara por doquier la caridad! Nuestro divino Maestro no se cansaba de in-

(1) I Cor., XIII, 1 3.

(2) *De Trinit.*, Lib. XV, 32.

(3) Joan., XIV, 15, 21.

(4) G. sparri, *Catechismus Catholicus*, III, cap. X, sect. 1.<sup>a</sup>, art. 2, C.

culcarla a sus discípulos en las últimas recomendaciones que les hizo, momentos antes de emprender la vía dolorosa de su Pasión amarguísima. «Un nuevo mandamiento os doy, y es: que os améis unos a otros; y que del modo que yo os he amado a vosotros, así también os améis recíprocamente. Porque aquí conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis *un tal* amor unos a otros. Lo que os mando es que os améis unos a otros, les decía (1). Igualmente Nós os encargamos, dejándoos esta recomendación en Nuestras postreras palabras. Amad a Dios; amaos los unos a los otros; *Nam dilectio summum fidei sacramentum, christiani nominis thesaurus*, pues la caridad es como el sello mayor de la fe y el tesoro del cristiano, dice Tertuliano (2). Y como el amor ha de ser ordenado, ante todo habéis de tenerlo a Dios y a la Iglesia, a vosotros mismos, a vuestros más allegados, a todos después en general, incluso a vuestros enemigos: «Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian», nos manda el divino Maestro (3). Pero, sobre todo, «Amemos al Señor nuestro Dios, amemos a su Iglesia: a Él como a un padre, a ella como a una madre», nos dice San Agustín (4); y añade: «Ama a tu padre; pero no más que a tu Dios. Ama a tu madre; pero no más que a la Iglesia, que es la que te ha engendrado para la vida eterna. Del amor que debes a tus padres has de deducir el que debes a Dios y a la Iglesia. Pues si tanto debes amar a los que te han dado una vida mortal, ¿Cuánto amor has de profesar a los que te han engendrado para que vivas eternamente?» (5).

---

(1) Joan., XIII, 34, 35, y XV, 17.

(2) *De Patientia*, cap. XII.

(3) Mat., V, 44.

(4) *Enarrat. in Ps. 88*, serm. 2, n. 14.

(5) Serm. 344, n. 2,

Y si el amor a Dios hemos de demostrarlo honrando su santo Nombre, santificando las fiestas y guardando sus otros mandamientos; el amor a la Iglesia ha de hacerse patente obedeciendo sus leyes, atendiendo a su honor y a la defensa de sus derechos, y, principalmente en estos aciagos tiempos, socorriéndola en sus necesidades. Bien lo sabéis, A. H., cómo la Iglesia y sus ministros han sido reducidos en nuestra Patria a la indigencia. Repetidas veces os hemos exhortado a cumplir el quinto Mandamiento de la Iglesia, que manda subvenir a las necesidades de ella y de su clero. Sois muchos los que laudablemente ya lo hacéis; pero acaso sois más en número los que todavía no os habéis dado exacta cuenta de la apremiante necesidad en que os encontráis todos de atender con la mayor generosidad que podáis a la OBRA PIA DEL CULTO Y CLERO DIOCESANO. Si no acudís a las reparaciones necesarias en los templos, éstos se vendrán abajo, quedándoos sin el verdadero hogar cristiano del pueblo, donde se os da y repara y perfecciona la vida sobrenatural de vuestras almas; si no proporcionáis a los sacerdotes los medios de vida que han menester, os veréis privados de los desvelos del Ministro de Dios, que apacienta vuestras almas y les ha de abrir la eterna bienaventuranza; si no atendéis al fomento de las vocaciones eclesiásticas y no ayudáis económicamente al Seminario, mal pondrán ir reponiéndose los huecos que la muerte va abriendo en la gloriosa tribu sacerdotal. Y desgraciados los pueblos que se queden sin sacerdote. «Dejad una parroquia sin cura por espacio de veinte años, y al cabo de ellos, en lugar de adorar a Dios allí, se adorará a los animales», decía el santo Cura de Ars (1). Si, pues, queréis gozar del incalculable beneficio de la vida y civilización cristianas, soste-

---

(1) Monnin, *Vida del V. Juan B.<sup>a</sup> Vianney*, versión de Posadilla, Apéndice, § VIII.

ned a la Iglesia y sus Ministros, que son el cauce abundoso por donde llegan a las almas las aguas regeneradoras de la gracia divina, que mana del costado abierto de Jesucristo Redentor.

Adiós, pues, V. H. y A. H. Con profunda emoción Nos despedimos de todos vosotros: del Ilmo. Cabildo Catedral, que tan estrechamente unido ha estado siempre a Nós, y de todos y de cada uno de sus miembros, que tan eficazmente Nos han ayudado en Nuestra labor pastoral; del M. I. Cabildo Colegial de Soria, dechado igualmente de Corporaciones eclesiásticas, fiel en todo momento y adherido a su Prelado; del M. I. Sr. Rector, profesores y alumnos del Seminario, objeto singular de Nuestros desvelos, plenamente por ellos correspondidos; de todo el clero benefical y parroquial, tan sumiso siempre y obediente, como celoso cooperador Nuestro en la labor santificadora de las almas; de las Ordenes Religiosas, a cuyas oraciones y colaboración tanto debemos; de los seglares en fin, especialmente de cuantos más se han distinguido por su fervor y ayuda al apostolado jerárquico, como son los que actúan en las falanges de la Acción Católica. A todos os damos las gracias por cuantas muestras de bondad Nos habéis dispensado; y de una manera particular a las dignas Autoridades de todos los ramos de la Administración pública, a quienes por estas líneas enviamos afectuoso saludo de despedida. En las oraciones de todos Nos encomendamos. «Y la paz de Dios, que sobrepuja a todo entendimiento, sea la guardia de vuestros corazones y de vuestros sentimientos en Jesucristo» (1), para que, santificándoos más y más en la presente vida, logréis eterno galardón en el cielo, como para vosotros y para Nós anhelamos, bendiciéndoos efusivamente en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu † Santo.

---

(1) Fil., IV, 7.

Burgo de Osma, festividad del glorioso Patriarca  
San José, 19 de Marzo de 1935.

† MIGUEL DE LOS SANTOS, OBISPO DE OSMA



Por mandado de S. E. Rvdma., el Obispo,  
mi Señor,  
BARTOLOMÉ MARINA,  
Canónigo-Vicesecretario.

Léase al pueblo fiel en la forma acostumbrada.

---

## Nombramiento de nuestro Excmo. Prelado para la Diócesis de Cartagena

---

En la noche del 28 del pasado enero, lanzaba la Radio al espacio la noticia, publicada por «L' OSSERVATORE ROMANO», de que Su Santidad el Papa había elegido para la Diócesis de Cartagena a nuestro amadísimo Prelado, Excmo. Sr. Dr. D. Miguel de los Santos Díaz y Gómara. Aunque la noticia no era todavía oficial, bien pronto se extendió por la Diócesis, especialmente en esta Capital, y de todos sus ámbitos comenzaron a llegar al Vigilantísimo Pastor, ya en la misma mañana del martes, numerosas felicitaciones y parabienes que a la vez que reflejaban el profundo sentimiento que ha causado a todos los fieles oxomenses la pérdida de tan activo y celoso Prelado, expresaban satisfacciones sinceras porque con su nombramiento para tan importante Diócesis premiaba la Santa Sede su incansable apostolado de diez años entre nosotros.

El miércoles de la semana anterior, día 13 de marzo

llegaba la confirmación oficial de la noticia, alegre y triste a la vez, con las Bulas Pontificias, traídas en propias manos al Excmo. Sr. Obispo por el que hace unos años fué su Secretario de Cámara y Maestrescuela de esta S. I. Catedral, hoy P. Manuel Requejo. Bien pronto, pues, se ausentará de nuestra Diócesis el virtuoso y sabio Prelado, que la ha regido con todo acierto durante dos lustros. Al principio de este número del Boletín va su Pastoral despedida, en la que, cual padre cariñoso que va separarse para siempre de sus amados hijos, corona su ministerio episcopal en esta porción escogida de la Iglesia de Cristo con acertadísimos y encendidos consejos paternales, que debemos guardar todos en nuestros corazones, en correspondencia filial a sus desvelos por el bien espiritual de nuestras almas.

Aunque sabemos que vamos a herir su rara humildad y modestia, no podemos menos de rendirle un merecidísimo tributo de amor de hijos, en nombre de todo el Clero y fieles de esta Diócesis de Osma, estampando en estas páginas, aunque no sea más que a agrandes rasgos, los hechos más salientes de su Episcopado, pues es de corazones bien nacidos traer a la memoria, en ocasiones solemnes como esta, el recuerdo de los beneficios recibidos.

Elegido Obispo de esta Diócesis por S. S. Pío XI en 18 de diciembre de 1924, hizo su entrada solemne en la Capital diocesana el 21 de junio de 1925. Durante los diez años que la ha regido, ha desplegado una actividad verdaderamente extraordinaria. Al cabo de los tres primeros había ya visitado toda la Diócesis y en 1928 pudo convocar concurso general a parroquias. Al siguiente organizó y celebró con verdadero éxito un Cursillo de Acción Católica, al que asistieron la inmensa mayoría de los sacerdotes, todos los seminaristas y muchísimos seglares, y fruto del cual fueron la constitución, con sus correspondientes reglamentos, de diversos organismos de Acción Católica, especialmente de la Mujer, Asocia-

ción de Padres de Familia y Unión Diocesana de Juventudes Católicas, para la que ha consagrado con cariño especial sus mejores desvelos. Estableció el «Día del Seminario», con el fin de recaudar fondos para el fomento de vocaciones eclesiásticas, y a los tres años había duplicado el número de seminaristas, que llegaron a ser más de ciento sesenta en 1931. La enseñanza del Catecismo en las Catequesis, especialmente desde hace cuatro años, ha sido también su preocupación constante, adquiriendo de su propio peculio una máquina de Cine, instalada en el salón de Actos del Seminario, para atraer a los niños y a los jóvenes al estudio de la Doctrina. Finalmente, para no alargarnos demasiado exponiendo cuanto es conocido por todos los que hasta ahora hemos sido sus diocesanos, el pasado año había preparado la Semana «Pro Ecclesia et Patria», que al inaugurarse hubo de ser suspendida por razón de las circunstancias generales de Nación, y en el pasado octubre había comenzado su segunda Visita Pastoral, visitando gran parte de las Parroquias de la Ribera, las iglesias de Soria y otras muchas próximas a ambas Capitales provincial y diocesana.

No podemos terminar esta rápida ojeada al apostolado fecundo realizado entre nosotros por el Dr. Díaz y Gómara, sin hacer mención especial de sus sapientísimas Pastorales, cuajadas de doctrina profunda, expuesta con admirable sencillez y claridad, y de acertadísimas normas de gobierno y consejos paternales, que hacen de ellas modelos de este género literario. No pudiendo hacer un estudio, ni sucinto siquiera, de las mismas, nos limitamos a poner el índice de ellas: «LA OBEDIENCIA» (1925), «EL REINO DE DIOS EN NOSOTROS» (1926), «EL ALEJAMIENTO DEL TEMPLO» (1927), «NUESTRA RENOVACION ESPIRITUAL» (1928), «LA VIDA PARROQUIAL» (1929), «LA ACCION CATOLICA» (1930) «LA CATEQUESIS» (1931), «NUESTRA SANTA MADRE IGLESIA»

(1932), «LA FE» (1933), «NUESTRA REDENCION» (1934 y por último «LA FAMILIA CRISTIANA», además de la de despedida de esta Diócesis, que va en este número de Boletín.

Nada decimos, en gracia a la brevedad, de los innumerables reglamentos redactados bajo su Pontificado, de los retiros espirituales de los sacerdotes, dirigidos por él mismo en esta villa episcopal, con pláticas eruditas, llenas de amenidad y de unción, ni de otras actividades, que le han hecho brillar dentro y fuera de la Diócesis en Asambleas, Certámenes, Congresos, Peregrinaciones, etc.

Su nombre quedará grabado con caracteres indelebles en el Episcopologio de la Sede de San Pedro de Osma y en los corazones de los habitantes de esta tierra sencilla y honrada de Santo Domingo de Guzmán.

Al mismo tiempo que desde estas columnas expresamos nuestro sentimiento más sincero por la ausencia de tan buen Pastor, hacemos votos fervientes al Altísimo para que en la Diócesis de San Fulgencio continúe la ruta gloriosa que, iniciada ya en Zaragoza siendo Obispo Auxiliar del malogrado Cardenal Soldevila, ha seguido tan acertadamente entre nosotros, para que dé días de gloria a esta Diócesis que se vanagloriará siempre de contarle entre sus Obispos, a la Iglesia y a la Patria para bien de las cuales seguirá sin duda el camino que siguieron los Múgica, los Lago, y los Guisasola, por no citar más que los nombres de aquellos cuyo recuerdo está vivo aún en la memoria de todos, y que como el Dr. Díaz y Gómara, después de haber hecho glorioso su nombre en la Silla de S. Pedro de Osma, fueron a esplendorar con nuevo brillo otras diócesis españolas.

## Manuales "Studium" de Cultura religiosa.

**CULTURA RELIGIOSA.**—Cada día se impone a toda persona que se precie de medianamente culta el conocimiento a fondo de los diferentes problemas relacionados con la religión. Creyentes o incrédulos, religiosos o indiferentes, católicos o acatólicos, todos han de reconocer, si son honrados, que el hecho religioso es un fenómeno vivo, perpétuo, universal, palpitante con fuerza irresistible en la entraña de la humanidad.

**TIEMPOS NUEVOS.**—Pero con el avance de las ciencias surgen a cada paso en el campo religioso problemas que antes no eran sospechados por la generalidad de los maestros del pensamiento religioso. Para no citar más que algunos casos; la biología y la psicología experimental; las hipótesis, siquiera interinas, de la Cosmogonía; los descubrimientos modernos en Prehistoria, Paleontología, Etnografía obligan a abandonar enseñanzas anticuadas y dar carta de benevolencia a teorías más conformes con los dictados provisionales de la ciencia.

**DIVULGACION.**—Es preciso divulgar esas adquisiciones científicas; es necesario hacerlas llegar al gran público, es imprescindible refutar los errores y desmascarar el equívoco con que a veces se disfraza cierta erudición de prendería. He aquí el fin de la colección de *Manuales STUDIUM de Cultura*.

**SECCIONES.**—I. Filosofía.—II. Biología y Psicología.—III. Ética y Derecho.—IV. Sociología y Economía.—V. Apologética.—VI. Dogma.—VII. Moral.—VIII. Culto y Sacramentos.—IX. Eucaristía.—X. Liturgia.—XI. Derecho Canónico.—XII. Historia Eclesiástica.—XIII. Biblia.—XIV.—Mariología.—XV. Hagiografía.—XVI. Misionología.—XVII.—Literatura.—XVIII. Ascética y Mística.—XIX. Pedagogía.—XX. Historia de las Religiones.—XXI. Arqueología y Arte.—XXII. Acción Católica.—XXIII. Feminismo.—XXIV. Matrimonio, pureza y hogar.—XXV. Descubrimiento y colonización españoles.

A tenor del canon 1.385 del Código de Derecho Canónico, todos los *Manuales STUDIUM de Cultura Religiosa* se

publicarán acompañados de la aprobación eclesiástica.

COLABORADORES.—Serán especialistas. Contamos para ello con la cooperación de distinguidos Profesores y escritores, pertenecientes al clero y laicado católico de España y Repúblicas Hispano-Americanas.

Para gozar del precio especial de suscripción es preciso dirigirse *directamente* al Administrador General, Don Luis Gili, Calle de Córcega, 415, Barcelona; o a la Dirección de Manuales STVDIVM de Cultura Religiosa, Apartado 735, Madrid.

PRECIO—Cada tomo de 200 páginas de 125x190 mm cubierta a dos tintas, pesetas 3.00.

SUSCRIPCIÓN.—La suscripción abarca seis tomos consecutivos que se publicarán en cada serie y cuesta ptas. 15.

Resulta por tanto cada ejemplar suscrito a ptas. 2'50.

**Serie I.—1935. Tomos que la formarán:**

Dr. Eugenio Beitia: «Apostolado de seglares: lecciones de Acción Católica».

Dr. Rafael García y G. de Castro: «Catolicismo ¿en crisis?»

Dr. Francisco Blanco Nájera: «La coeducación ante la Ética y la Pedagogía.»

Dr. Nicolás Marín Negueruela: «La religión y los valores humanos.»

P. Agustín Rojo, O. S. B.: «Evolución histórica de la liturgia.»

P. Justo Pérez de Urbel, O. S. B.: «Los mártires mozárabes.»

OBRA DE APOSTOLADO.—Ahora que la impiedad unida a la falsa ciencia trabajan por minar los cimientos del edificio religioso, es urgente salir en defensa de nuestras creencias religiosas en todos los terrenos donde sean atacadas. Y hay que hacer una labor seria y razonada, principalmente en Colegios, Academias, Patronatos, Círculos de Estudios, Juventudes Católicas. Recomendamos para ello la suscripción a los *Manuales Studium de cultura religiosa*.

SUMARIO.—Pastoral de despedida del Excmo. y Rvdmo. Prelado.—Nombramiento del Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo para la Diócesis de Cartagena.—Manuales *Studium* de Cultura religiosa.

BURGO DE OSMA.—IMPRENTA Y LIBRERÍA DE JIMÉNEZ